

AQUÍ ABAJO ESTAMOS

MIGUEL ROJAS

El interior de una gran alcantarilla en los alrededores de San José. La boca de entrada está en alto y hay un desagüe de aguas negras. Un improvisado puente conduce a una explanada, donde se aprecian tres zonas, separadas entre sí, a diferentes niveles, con gustos de urbanidad. Una amplia entrada de luz que proviene del lugar donde desemboca la alcantarilla. Ruido de autos y bocinas, que se hacen notar más fuerte cuando se abre la tapa de la alcantarilla.

Capitán duerme profundamente casi exánime. Entra Mario, tarareando un "paso doble". Se detiene en medio puente. Después de una pausa se acompaña con una dulzaina, largamente tierna.

Mario:

(Gritando)... Capitán!... Capitán!... ¿Se habrá muerto ese imbecil sin avisar...? Viejo alacrán de mar, ¿vives todavía? (Baja y canta a todo pulmón) "Si Adelita llegara a ser mi esposa, la llevaría por tierra y por mar, y por mar en un buque de guerra, y por tierra en un tren militar..." (Pausa) Viejo tísico, ¿duermes o te haces el tonto? (Se le acerca) No huele... Parece muerto, pero no huele... (Toma un trago de una botella que trae en su saco. Husmea en las pertenencias de Capitán y a hurtadillas mira a Capitán para que no lo descubra)... Miren, miren, miren, un precioso relojito de bolsillo...! Quién lo iba a creer, tísico y demás, y con sólo el valor de esta miniatura de oro macizo, hubiera podido ir a un hospital y morir decentemente... Me lo dejo... Bastantes tiliches... Los llevaré a tasar antes de empeñarlos. Esperaré a que se estire y me hago un abono grande por aguantar tan larga agonía de una semana. (Se sienta en una sillita de mimbre). La gente como nosotros, Su Majestad, expira de muerte natural. Nosotros no tenemos dueño, ni antes ni después de patelear. No somos ni escoria. Somos sombras retorcidas de un proyecto fracasado de ser humano... Morimos de muerte natural; una borrachera mal pegada, una torcedura de hígado, una salchicha de perro incrustada en el gaznate, vaya a saber... "Muerte natural"... De eso morimos, viejo... (Toca la dulzaina).

Entra Sandra

Sandra:

Está por entrar el invierno. Suerte que tenemos donde guarecernos como reyes. A nuestro modo, claro.

Mario:

Llegás a tiempo para las exequias.

Sandra:

¿Llamaste una ambulancia?

Mario:

¿Estás loca? La moneda del teléfono la necesito.

Sandra:

Puede ser un desvanecimiento.

Mario:

No sé si se murió o si se hace el interesante. Todavía no hiede. Ten paciencia y nos repartiremos sus bienes por partes iguales.

Sandra:

(Acercando su oreja al corazón) Respira, poco, pero respira.

Mario:

Tapale las ventanillas de la nariz y concluimos, Sandra.

Sandra:

Hazlo tú. No soy una criminal. Tengo otras incorrecciones, pero quitarle la vida a un ser humano, no. Eso no va conmigo.

Mario:

En cuestión de un minuto dos deshacemos de la maqueta de Capitán, nos repartimos cuanto hay aquí, conseguimos un inquilino de "categoría" para este ambiente refinado, y tendremos entradas extras; mitad y mitad.

Sandra:

Tal vez sea yo quien se muere. ¿Quién lo sabe? Precisamente anoche estuve pensando en suicidarme, muy seriamente. Sin mucho ruido. A lo mejor serás dueño de todo este palacio.

Mario:

¿Por qué no lo hiciste? ¿Quién te lo impidió? ¿Tu abuelita de ciento cuarenta y cuatro años?

Sandra:

(Cobijando a Capitán). Está temblando, pobrecito. De veras que uno sabe dónde está, pero no dónde va a finalizar sus días...

Mario:

Dale un trago de ron y todos sus temblores serán alegrías.

Sandra:

Como las tuyas.

Mario:

Vaya a saber... Si también patelearas tendría un monopolio hotelero. Me dedicaría a vivir de las rentas. Cobraría aquí abajo y viviría en un cuartucho por ahí arriba. Tendré que hacer unas mejoras.

Sandra:

No hagas leña del árbol caído, Mario. Después de todo, ha chupado malos tiempos, muchas ingratitudes.

Mario:

¡Acabemos de una vez, que me vuelve loco!

Sandra:

En lo que tenemos de conocernos nunca hemos tenido esas ideas de crimen. Si quieres apurar la partida de un pobre viejo indefenso, hazlo. Detrás irás tú con las marcas de mis manos. ¡Vamos, inténtalo!

Mario:

¿Tendremos que esperar un mes, un año, un siglo? Olvídate de la conciencia. Hazle un torniquete nasal, y ya.

Sandra:

¿Qué clase de pajarito de dulces trinos eres? Antes de que cayeras en desgracia, tenías sentido para conversar. ¿Perdiste el juicio o el alcohol te impulsa a sacar tus atrocidades?

Mario:
"Santa Sandra de las Alcantarillas", ¡quien lo iba a creer!
La buena consoladora de los desdichados en su última expiación.

Sandra:
¡Cállate!

Mario:
Dame un beso, primor... (Forcejean, él tomándola por la cintura, ella se lo quita de encima con un manazo).

Sandra:
¡En adelante, respetame!

Mario:
Sólo un besito. ¿Acaso ya no te gustan?... ¿O quieres que te pague...?

Sandra:
Trae un vaso de agua para mojarle los labios. Los tiene resecos.

Mario:
Mójalos con los tuyos. Empápale su cuerpo con el sudor de tu nueva modalidad.

Sandra:
(Trayendo el agua) ¡Déjalo en paz!

Mario:
Vaya a saber quién molesta a quién...

Capitán:
... (Sorbiendo agua). Mario, no me ensucies la silla, por favor. Tienes la mala costumbre de irrespetar lo que otros te respetan.

Mario:
Viejo mañoso de mar, ¡Míralo! Sabe usar sus sucias tretas de viejo marinero. ¡Vaya! ¿Quién lo iba a creer...?

Sandra:
No lo mortifiques... Delira, no tiene conciencia de lo que dice. Por qué no te vas a dormir la mona encaramándote en tu hamaca. Sueña de paso con toneles de aguardiente si eso calma tu sed.

Capitán:
Mario... Mario, me encanta escuchar el sonido de la dulzaina. Me gusta como la haces cantar. Debiste estudiar música a fondo... Tienes chispazos de talento.

Mario:
Sensacional... ¿No era que estabas boqueando...?

Sandra:
¡Torpe! Aplica tus instintos primarios ante el dolor ajeno y respeta aquel instante en que uno de nosotros se aproxima a la muerte.

Mario:
Devúelveme los instintos y bésame un poquito, solo un apretoncito... ¿Sí...?

Sandra:
Déjame, te dije.

Mario:
¿Por qué no? Ese ni mira ni escucha. Entonces, ¿a qué tanta alharaca? Otras veces lo has hecho a vista y paciencia de muchas interrupciones, ¿me explico?

Sandra:
El último beso te lo di la última vez que te besé. Hombres como tú me ensucian.

Mario:
¡Oigan a Santa Sandra de las Alcantarillas pregonar su inmaculada castidad! Mujer de otros por dinero, pero eso no me va ni me viene.

Sandra:
He sido tu consorte y volveré a estrujarme contigo, ¿es eso?

Mario:
No tienes que decirlo tan a boca de jarro, Sandra. Sabes mi carácter bromista, mi espíritu juguetón...

Sandra:
(Cortándolo) Uno puede cambiar, si se lo propone.

Mario:
Si los otros te lo permiten. Si ellos quieren. No tengo prisa. Sabes que nadie te hará el amor mejor que yo. Ven, vamos a mis mansiones...

Sandra:
No quiero que nadie me llene de babas, ni tu ni nadie más. He sido lo que he sido y no lo niego. Pero eso no quiere decir que deba seguir haciéndolo.

Mario:
De eso vives, de las babas de los hombres, Santica.

Sandra:
...Miro adelante y veo luces que me alumbran...

Mario:
Si tú lo dices, verás todas las estrellitas del firmamento con cascabeles haciendo tilín tilín. Te iré a encender velitas de a colón cuando te muestren fosilizada en una cajita sellada de cristal... (Ríe y tararea grotescamente).

Capitán:
...Crucé varios cielos, me ví flotando, sin piernas. Una luz maravillosa me atraía como un imán, y yo me dejaba ir. Ví mi cuerpo en este humilde lecho...

Mario:
(Remeda a Capitán)... "VÍ mi cuerpo en este humilde cuerpo." Con duendes jugando al tobogán en el cachito de luna del cuarto menguante, y angelitos tocando la lira, y estrellitas tintineando por doquier. Vaya a saber dónde va uno...

Capitán:
...Y en eso escucho una melodía. Tu dulzaina, Mario. Vuelve a tocar, amigo, pero regrésame donde todo es luz y armonía... No me dejes en el infierno, Mario, te lo suplico, no me abandones...!

Sandra:
Estamos contigo, Capitán... Aquí está Mario y a tu lado yo te seco el sudor...

Mario:
Tierna escena, Sandra. Acompáñalo esta noche, que muera en tus brazos. Si no exhala sus temores de la emoción que produce rozar tus caderas, un ratito después podrán hacer pipí.

Sandra:
Cínico y sucio.

Mario:
¿Quieres un trago?

Sandra:
No, gracias. ¿Comiste?

Mario:
Estuve esperando que los mensajeros de la fortuna me trajeran frutas en almíbar y tostadas con jalea. Pero ron es la dieta para conservar la línea.

Sandra:
¿Quieres pan?

Mario:
¿Tienes?

Sandra:
Sí, del bueno...

Mario:
¿Tuviste una buena noche?

Sandra:
No trabajé. Me fui a dormir donde una amiga.

Mario:
¿Y eso?

Sandra:
Estuve pensando.

Mario:
Y en el camino un transeúnte se dió cuenta que no eras una niña buena. Perdóname, no es burla. Yo también tengo a veces pensamientos atravesados de esa naturaleza. Sólo que sin darme cuenta me descubro de nuevo en el trago.

Sandra:
Un extraño me propuso hacerme el amor.

Mario:
Le cobraste adelantado y después lo perdiste y te fuiste con el dinero y un sobrante de calorías.

Sandra:
Pagó adelantado por usarme.

Mario:

Te lo dije; en el furor de los sexos te llevó al séptimo cielo en alfombra mágica... (Goza) Perdóname, pero es una buena ocurrencia...!

Sandra:

Me invitó a comer, conversamos cualquier cosa, tonterías. Luego se fue.

Mario:

Que tipo más botaratas, digo yo.

Sandra:

Todavía existe bondad en el mundo, Mario. Anoche lo experimenté por primera vez en mi vida. Gente que no pide nada, sólo da.

Mario:

Nadie da sin pedir algo a cambio.

Sandra:

Lo comprobé, se me abrieron los ojos. ¿No te das cuenta? Siempre a la defensiva, al bolsillo, a la queja, al insulto, a la lamentación. Nunca tuve sueños, hasta hoy.

Mario:

Tonterías...! Te dejas deslumbrar por una ilusión traidora. Fui estudiado, lo que se llama "alguien en la vida". Los libros se quedan cortos frente a la realidad.

Sandra:

Por lo menos tuviste la oportunidad. Yo nunca. Jamás tuve una muñeca de trapo. He comprendido que la vida no es tu cristal opaco lleno de resentimientos.

Mario:

Es una mala jugada del destino que te quiere engañar.

Sandra:

Que me engaña, no puedo asegurarlo ni negarlo.

Mario:

Ven, acuéstate conmigo, sólo te acariciaré, no te ensuciaré, como dices ahora.

Sandra:

El primero eres tú, Mario. No me ensuciarás más. Ese hombre me puso a pensar. Imagínate, ni me acordaba que uno piensa.

Capitán:

... ¡Zapatero a tus zapatos!... A cada quién su horma, dicen ellos, pero la experiencia de un zapatero agudo como yo, enseña que cada pie es una filosofía diferente... Ayayay, si lo sabré... Buenos días, doña Julieta, ¿cómo está usted?... Sí, como no, ya están listos... No se preocupe, después me paga... Con mucho gusto, doña Julieta, para servirle... Si, don Rómulo, a sus órdenes... (Sobresaltándose) Sí, Sí, ¡para que me roben mi trabajo estoy yo! ¡Malditos sinvergüenzas, páguenme mi trabajo, desgraciados! ¡Ustedes creen que yo no como, que no tengo necesidades como cualquier ser humano! Si, a cada quién su horma, pero los mala paga como ustedes me arruinaron, ¡tienen la misma horma del descaro!...

Sandra:

Tranquílcese, Capitán... Ellos no volverán, andan descalzos en penitencia por lo que le hicieron.

Capitán:

¡Tanto que me gustaba la vida de zapatero...! Mis clientes se pavoneaban con el fruto de mis manos.

Sandra:

Tome un sorbo de agua, Capitán. El agua mitiga las penas.

Capitán:

...Como el mar, ¿verdad? El agua purifica.

Sandra:

Sí, como el mar.

Capitán:

¿Y Mario?

Sandra:

Mario es Mario.

Capitán:

Lástima de muchacho...

Mario:

Hasta papito heredé en esta madriguera... (Se limpia las uñas y bebe ron)

Sandra acomoda algunas cosas, descubre que algo falta, mira a Mario y con la mirada revisa.

Sandra:

Hay cosas que para uno tienen un inmenso valor. A veces insignificantes, otras más visibles, no importa.

Mario:

Para mi el ron.

Sandra:

¿Y el reloj?

Mario:

¿Cuál? Jamás he usado reloj. No me importa el tiempo.

Sandra:

¿Lo empeñaste?

Mario:

Puede ser...

Sandra:

Era un buen hombre. ¿Qué sabes de su vida pasada, de sus años de juventud, de su baúl íntimo? Nada, ¿verdad?

Mario:

Nadie sabe nada de mi tampoco.

Sandra:

Ese hombre, el extraño de que te hablaba, me escuchó con una sonrisa. Me miraba a los ojos, me trató con el respeto que se le da a una mujer de alcurnia.

Mario:

Amor a primera vista. ¿Le pediste su teléfono, su dirección? Es el príncipe azul que esperabas! Corre, vuela, alcánzalo, o verás perdidas tus ilusiones...! Pobre tonta... A ti sólo se te mira con el cuerpo hecho un solo miembro. Quítate el velo de los ojos. Yo te haré volver a la realidad. Ven, deja que el viejo se reconcilie con los ángeles.

Sandra:

En lo más íntimo de tu ser no eres así de grosero. Eso es lo que necesitas aparentar. Eres débil, falto de cariño. En lo que a mí respecta, no me ensuciarás más.

Mario:

Dejate llevar por esas mentiras que te estás creyendo y acabarás peor de lo que estás.

Sandra:

No, esta ocasión no la voy a perder. Ignoro quien sería ese buen hombre que se me cruzó en el camino, pero me elevó a la altura de sentirme mujer.

Mario:

Qué fácil es cambiar, aunque sea de palabra.

Sandra:

Por algo se empieza.

Capitán:

...Buen muchacho este Mario. Le gusta darse a malquerer...

Mario:

¡Y dale con la jodaría...!

Capitán:

Lástima de vida perdida en el alcohol. ¿Y si le diéramos un jalón de orejas para que rectifique...?

Mario:

(Contenido, sin saber que hacer, va hacia la salida, se devuelve, revienta finalmente el reloj contra la desembocadura). ¿Lo viste, mamá? ¿lo viste papá? El reloj se ha ido volando fuera a la velocidad del rayo.

Capitán:

Hecho un albañal...

Sandra:

Debes reposar, agitarte te hace daño...

Capitán:

Alguna vez te conté de cuando tuve una mina de oro allá en los montes del Aguacate?

Sandra:
No, nunca.

Capitán:
He tenido intrépidas aventuras, mala suerte también... ¿A Mario le cuento también...?

Sandra:
Si quieres.

Capitán:
(Excitado)... La vida mía tiene varios episodios, es como una crónica sin propaganda, y sin fin...

Mario:
¿A quién le importan tus cuitas, Majestad? ¿Tuviste una mina de oro? ¿Y que más? Muchas mujeres, aventuras y bochinches, juergas y noches de intensidad indescriptible. Tuviste y a nadie le importa ya. Metete eso en la cabeza, eres lo que somos aquí y ahora, el pasado lo arrastramos como un medallón de lata, es como un pedestal herrumbrado donde creemos tener asidero. ¿Y a quién le interesa? ¿A un extraño que le pagó a Sandra por usar una de sus calculadas caricias, y que en vez de sacarle jugo a su dinero tuvo asco, miedo o impotencia? ¡En vez de revolcarse estruendosamente con una buena hembra, se le conmovió el corazón y le dio un cheque en blanco para que en adelante rectifique y vista los trajes de la hipocrecía...! ¡Qué poco seso tienen ustedes...! No se dan cuenta de la indiferencia de la gente, de las instituciones, del destino mismo. No existimos fuera de este hueco inmundo con tafetanes de hotel. Y observen, tal vez inconcientemente, pero que bien presentado lo tenemos. Cada quien en sus dominios, seguros de sí mismos, dueños del mundo en

nuestro pequeño y subterráneo cuartel general. Déjense de sentimentalismos y pongan los pies sobre la tierra. Y tú, Capitán, ponte el mote que más se parece a ti y olvídate de tus galardones sin público, que para hacer circo mejor te vas a una plaza pública... Capitán... (Ríe) Capitán de barco mercante, en una alcantilla de Jujo en San José, en esta época de oro, donde el tiempo no existe y la gente transita cada pulgada de su existencia, con un sabor a nada, pues hasta los sentimientos son químicamente puros, tecnificados al punto de que el alma es una nave con sabor a miel de sintética, para continuar con la costumbre y decir "amor mio", "cariño", "te quiero con toda mi alma"... (Vuelve satisfecho a su hamaca y vuelve a cantar a todo pulmón) "Si Adelita llegara a ser mi esposa..."

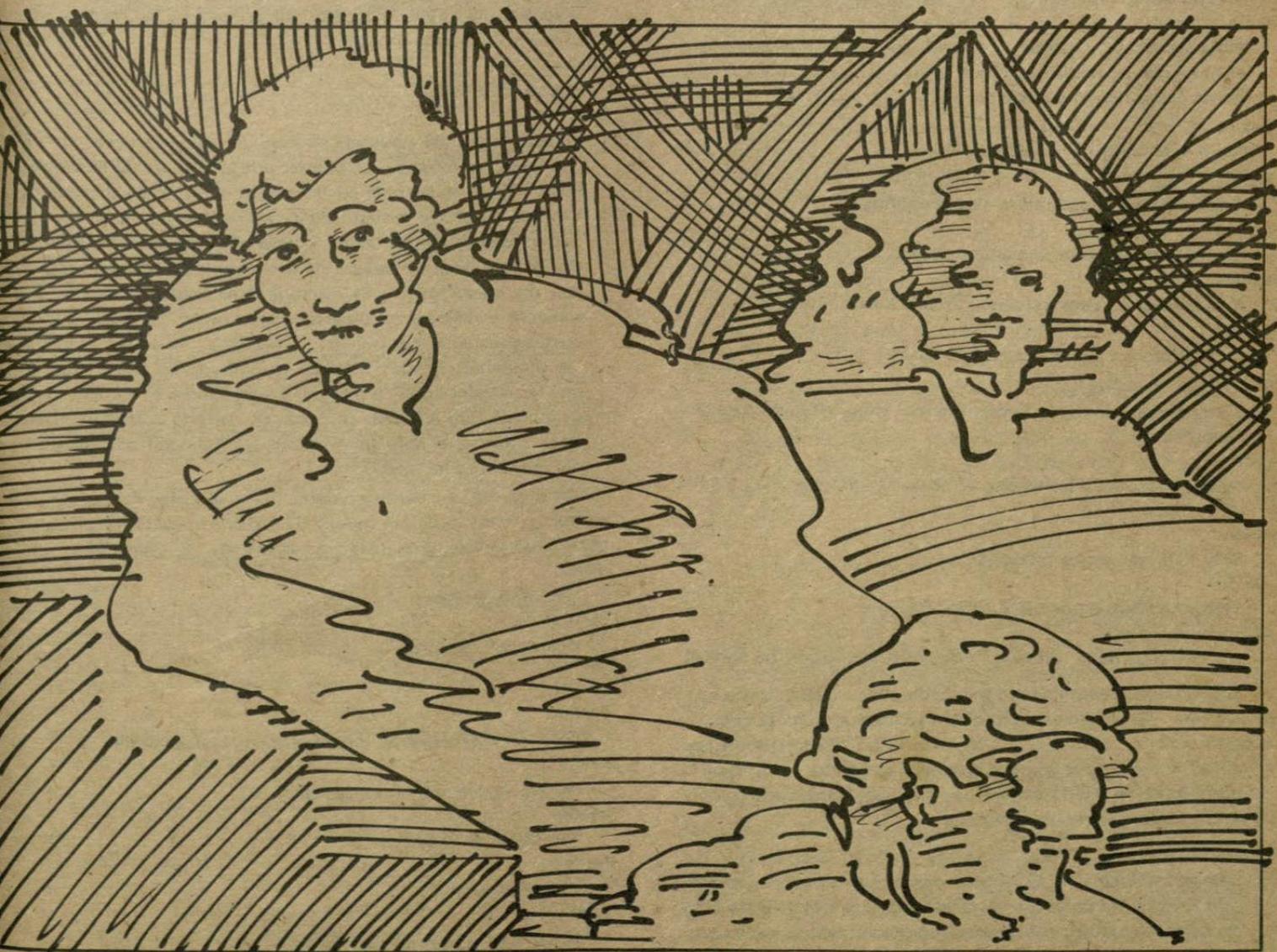
Sandra:
Una mujer traicionó tu virginidad y te la has pasado desquitándole de todas, creyendo que somos esa en particular.

Mario:
No eres estudiada pero hablas tan bien como una catedrática, ¿quién te dio clases privadas? ¿Un duque caído del cielo rasó?

Sandra:
Dicen que las mujeres como yo somos una especie de siquiatras sexuales, escuchamos, escuchamos, escuchamos. Sabemos más de ustedes que cualquiera otra persona de confianza. De modo que no te extrañe un vocabulario que no corresponde a una mujer de mi condición.

Mario:
Es cierto lo que dices. Perdona. No quise maltratarte.

Sandra:
Podrías hacer un poco de silencio, por él.



Mario:
Si, dormiré un rato.

Sandra:
Gracias.

Mario:
¿A cambio de qué?

Sandra:
Más comida.

Mario:
Vivir a pan y agua no es mi dieta.

Sandra:
Dinero.

Mario:
No es de urgente necesidad.

Sandra:
Ron.

Mario:
Puede ser... (Entusiasmado) ¿Y un apretoncito...?

Sandra:
No.

Mario:
Entonces no me pidas imposibles. Aquí abajo, su Majestad de los mares me aguanta, como yo lo aguanto a él. El viejo lobo de mar coronará su funeral con un manto de aguas negras, sobros de la civilización que tenemos encima. ¡Salado!

Sandra:
En una oportunidad te vi traer una flor de monte, ¿por qué?

Mario:
Ves pétalos en mi ron.

Sandra:
No eres como aparentas ser.

Mario:
Probablemente... ¿Quién te enseñó matemáticas espirituales? ¿El extrañío de media noche con su mirada lánguida y sus manos finitas como filigrana de santidad?

Sandra:
No lo miré mucho en su aspecto físico.

Mario:
En este sótano de soledad no podemos aflojar.

Sandra:
Te pido comprensión para un moribundo.

Mario:
Y te hago caso. Estaré afuera... (Yendo hacia la entrada)

Sandra:
Te prometo ir a tu hamaca apenas regreses.

Mario:
Si no quieres venir, no vengas, Cuida al viejo, está más solo que nosotros.

Sandra:
Te di mi palabra y la cumplo. Y no vuelvas a pedírmelo. Será la última vez.

Mario:
Si tú lo dices, acepto la despedida.

Sandra:
Tienes encantos naturales. Encontrarás otra.

Mario:
No me cabe duda, primor. Trabaja en tu versión de caridad.

Parado en medio puente, Mario toca la dulzaina. Capitán se queja y se incorpora. Sandra lo atiende con un gran sentimiento de dulzura, tranquilizándolo. Mario sale. Se escucha un objeto pesado que es removido sobre la tapa de la alcantarilla. Sandra corre hacia la entrada y trata de abrirla pero no lo logra. Se desespera, lo intenta de varias maneras, se resigna y regresa.

Capitán:
...Sandra... Gracias... El mar recompensará tus bondades. Has sido muy buena conmigo. El cielo te bendiga y te muestre el camino de la rectitud, con un empujoncito económico, que nunca

está de más, menos en las condiciones en que nos movemos los de abajo.

Sandra:
Descansa, te repondrás y pronto volverás al mar, a tus praderas de olas y espumas.

Capitán:
Sí, pronto regresaré a mi verdadera casa. Ahí sí que se pasa bien. El cielo grande como una montaña de inmensidad, la quietud, los nervios templándose en las tormentas, el aire... Que grata es mi pradera de olas y espumas, Sandra. Vendré y te llevaré a pasar unas vacaciones...

Sandra:
Invitación aceptada. Pero ahora necesitas dormir. Para que te amacices pronto.

Capitán:
¿Qué hora es...? ¿Por qué no estás trabajando? Te van a despedir de la Tienda, el dueño de la Heladería es muy roñoso, en esa librería tienen muchos libros que puedes estudiar. No te quiebres la cabeza por mí. Vete, economiza todo lo que puedas, si ahorras hoy, tendrás siempre.

Sandra:
He seguido tus consejos. Ahorro lo que puedo.

Capitán:
Saca una libreta en el banco. Es más seguro. No se la enseñes a nadie, ni a mí.

Sandra:
Sí, señor. No te preocupes por la Tienda, hoy es feriado.

Capitán:
La mira, se me olvidaba...! Sandra, es muy importante que te lo diga, por si me ocurriera alguna desgracia. (Excitado). Sandra intenta volverlo a la cama, pero Capitán entra en un estado ansioso que ella no puede impedir. El se levanta y da tres pequeños pasos) Secreto de ambos...

Sandra:
Secreto de ambos.

Capitán:
En los Montes del Aguacate yo tuve una mina con vetas de oro que nadie se imagina. La bauticé con el nombre de La Hermelinda. Tenía la entrada en la raíz de un árbol de guinocuabe. Eso fue en el año bisiesto de... ¡Maldición, no me acuerdo!... Fue un año de ingraticudes... Carmen me abandonó, me robaron una maleta llena de pepitas de oro, del puro... Que año, ya sin oro, me quedé sin amigos... Pero la mina sigue viva, oculta, por si manos codiciosas la quisieran ensangrentar. Al pie de la montaña, siguiendo el curso del río... Malditos... Maldita Compañía, ilo dinamitaron todo...! Arrasaron con árboles, río, fieras! todo...!... ¡Malnacidos! (Presa del dolor, Sandra lo sostiene antes de que caiga, lo acomoda en su cama). Maldita Compañía! ¡Malditos egoístas, si para todos había...!... (Mascullando maldiciones, pierde la conciencia).

Sandra se sienta, con la mirada tierna fija en el rostro de Capitán. Se abstrae de todo lo que la rodea. Se escucha el ruido de un objeto pesado que alguien quita de la tapa de entrada. Entra Mario.

Mario:
Hace frío ahí fuera.

Sandra:
Gracias por la broma.

Mario:
¿Cuál?

Sandra:
Poner un objeto pesado sobre la tapa de la alcantarilla.

Mario:
No quería que nadie los interrumpiera.

Sandra:
Muy dulce de tu parte.

Mario:
¿Te desesperaste?

Sandra:
Cerraste para que no pudiera salir.

Mario:

Para que nadie los interrumpiera, ya te dije.

Sandra:

Gracias, gracias, gracias...

Mario:

¿Te dije el viejo donde tiene la isla del tesoro y el baúl con sartas de diamantes y pequeños baulitos de perlas?

Sandra:

Sí, con lujo de detalles.

Mario:

Con tanta riqueza serás magnate entre las ostras. Felicidades.

Sandra:

¿Por qué te odias tanto? No te luce.

Mario:

Me amo, amo al mundo y el mundo me ama a mí. Soy un hombre feliz. Tienes una deuda conmigo.

Sandra:

Te la pagaré. (Va hacia él, luego a la hamaca. Se coloca en una posición poco respetable). ¿Cuánto tiempo necesitas?

Mario: ¿Quiéres un caramelo?

Sandra: No, gracias.

Mario:

¿Cómo está Capitán?

Sandra:

Realmente me gustaría compartir contigo un instante de verdadero amor.

Mario:

Amor es una palabra muy manoseada.

Capitán

(Serenamente)... El mar me dio sustento espiritual, porque tierra adentro solo encontré injusticia. El mar nunca me hizo la menor insinuación de daño, pero los de a bordo eran iguales a los de tierra, sangrones a cual más...

Mario:

(Sincero) Pobre viejo, está en sus letanías.

Sandra:

Lo empezaste a maltratar desde la recaída que tuvo hace siete días. ¿Por qué?

Mario:

No sé. Ahora me da pena. Los seres humanos nos protegemos instintivamente.

Sandra:

Ahora te da pena...

Capitán:

En una lejana isla, rodeada de palmeras y nubes, está ella. Oh, mar, mar, mar, dile que todavía la quiero, aunque no podía creerle su juramento de amor. No le creí a la isla, ni a las costas ni al continente... Esa masa de energía me llama, es como un sol que me quiere absorber... Sandra, Mario... A mis pies hay un sobre. Por lo que más quieran, respeten mi voluntad... (Quedo, cierra los ojos).

Sandra:

Dios, acoge el alma de Bruno Valerio Madrigal y perdónale sus pecados.

Mario revisa las orillas del colchón, encuentra un sobre. Lo abre y saca de él una especie de papiro.

Mario:

Un papiro, a lo griego. Extravagante el viejo.

Sandra:

(Arrebatándosele) Te precipitas demasiado. ¿Has visto alguna vez a un animal herido?

Mario:

¿No, por qué había de verlo?

Sandra:

Así estoy yo ahora.

Mario:

A qué viene tu violencia, primor. El viejo y yo simpatizábamos. Te consta las buenas relaciones que tuvimos.

Sandra:

(Leyendo)... "A Mario le dejó el relojito de oro, y todas mis pertenencias, sin discusión, Sandra. Es un buen muchacho y se merece más. A tí, Sandra, no tengo con que pagar tu bondad. Hazme un último favor; en la bolsa interior de mi chaqueta de marino hay un sobrecito con el nombre de una persona y el teléfono donde se le puede localizar. Esa persona se hará cargo de mi sepelio. Es una caridad que me prometió hace mucho. Sal inmediatamente, sal y avísale que ya no pertezco a este mundo. Deja a Mario, que el solito revise las cosas que le pertenecen. Mario, cuando Sandra haya salido, sigue las indicaciones que hay en una notita debajo de tu mesa de noche. Es todo. Buena suerte.

Sandra revisa la chaqueta de marino, encuentra un sobre pequeño y sale. Mario va a la mesa de noche, encuentra una nota. La lee, revisa con la mirada el lugar y se dirige a un punto definido, de donde saca un cofrecito. Luego busca en otro, encuentra otra nota. La lee, observa el punto señalado y se abalanza. Encuentra una llave con la que abre el cofrecito.

Mario:

(Atónito)... ¡No puede ser...! ¡Es increíble!... ¡Diamantes! ¡Porque lo veo lo creo...!... Viejo, perdóname por hacer cachóta de tu desgracia. Yo no te odiaba, no tenía motivo. Si hay cielo ojalá estés en él... ¡Diamantes...!... (Vuelve a meter la mano y siente un piquetazo. Se le escapa una expresión de color).

Capitán:

(Sentándose) Juré ante mi conciencia redimir a un ser humano, y logré hacerlo con dos. A Sandra, por ser una mujer salida de abajo, le heredé lo suficiente para que lleve una vida digna. Mi amigo Sebastián, el que la visitó anoche, se encargará de que reciba lo que le corresponde.

Mario:

Qué fue lo que me picó?

Capitán:

¿Acaso tu conciencia? O un bichito que trajera de uno de mis viajes. Pierde cuidado, a tí te libro del oprobio.

Mario:

(Paralizándose por dentro poco a poco) Te creí muerto, Sandra también lo creyó así.

Capitán:

Casi lo estoy. Contraí una enfermedad hace varios años. Sabía que irremediablemente moriría.

Mario:

Y yo, ¿qué papel juego en tu desvarío?

Capitán:

No oyes bien. Te ganaste lo que corresponde a alguien que ha caído. Mejor para tí. Tu vienes de más arriba; humillaste, robaste, perdiste los ideales. Solemne hogazán, te aprovechabas de Sandra, vivías a tus anchas mientras otros con menos talento y estudio se esforzaban por salir de la ignorancia. Sepulto quedas conmigo.

Mario:

No entiendo, no comprendo... Estás demente.

Capitán:

Ese pinchazo es mortal, Mario. Estás casi paralizado. Cada vez estás más imposibilitado de moverte, no puedes controlar tus músculos... Los diamantes son falsos, piedras de vidrio.

Mario:

Y Sandra, ¿cuándo volverá?

Capitán:

Ella inicia una nueva vida. Mi amigo Sebastián se encargará de todo, incluso de que no nos molesten...

Capitán agita la respiración, Mario hace un tremendo esfuerzo y se abalanza sobre Capitán apretándole el cuello con sus manos. Capitán cae muerto sin ofrecer resistencia. Mario queda totalmente paralizado, con los ojos aterrados.